

ROSA REGÀS

Descubrimiento de la ternura

La fotografía, como arte que es, supone fundamentalmente una exploración, una investigación que pretende encontrar, o mejor aún, desvelar, lo que se oculta tras la realidad. Una investigación más poética que científica, más medida con los parámetros de la pasión, de la emoción y de la penumbra que con los de la objetividad y la claridad, es cierto, pero tan válida, verdadera y definitiva como ella.

Lo mismo ocurre, aunque no haya intención al tomarlas, con las fotografías familiares de hijos o de padres, o turísticas, o ésas de un grupo de amigos en un día señalado o en una excursión, es decir, las que constituyen el álbum de nuestra historia que vamos ampliando a medida que transcurre la vida. Aunque sólo hayamos querido perpetuar cada uno de los instantes cuyo recuerdo no queremos dejar únicamente en manos de la memoria, se ponen de manifiesto en ellas aspectos que no eran visibles en aquella realidad en movimiento que quisimos paralizar y eternizar.

En este supuesto se basa la exposición "El Álbum". Y será la mirada del espectador, del público, la que habrá de descubrir esa ternura que esconden los instantes fugaces de un pasado que hacemos nuestro. Pero para que asome habrá de producirse en primer lugar cierta complicidad. Porque la vista de lo que fueron para otros los entornos más familiares que se nos ofrecen, hará brotar igualmente los nuestros, los que tuvimos o los que no tuvimos y anhelamos, los que añoramos, incluso los que en su momento vituperamos y negamos, es decir, aparecerá nuestro propio entorno.

Y será la memoria la que haga posible esta yuxtaposición, la memoria la más peligrosa, la más traicionera de las facultades del alma, la que se comporta de forma más imprevista.

Es la memoria la que interviene en ese desvelamiento de la ternura, esa facultad de evocar lo que ya ocurrió, ya sea una acción, una palabra, el pensamiento que tuvimos una vez, la sensación que provocó tal o cual hecho. O tal vez la memoria de una fotografía parecida donde si exceptuamos los rostros, borrosos de tiempo, todo o casi todo habría sido lo mismo. Porque la memoria casi nunca es fiel y muestra lo que quiere y cuando quiere, debidamente transformado, recortado, aderezado o suprimido. La memoria tiene sus propias facultades y por decirlo así sus propios caprichos.

Será la memoria la que nos presentará imágenes de nuestra propia experiencia que nos permitirán acercarnos y conectar con esa esencia que vive detrás de cada fotografía, tal vez una historia con un entorno, con unos personajes que se amaron o se odiaron, con sus resquemores, sus envidias, sus complicidades y sus angustias, las angustias que crean las relaciones, o las dependencias, o las escalas de autoridad, los niveles de respeto ¿quién puede saberlo? Y sin embargo, es posible también que esa memoria nos las presente desnudas del dolor y la amargura con las que muy probablemente las vivimos para mostrarnos sólo la ternura que despierta en nosotros un pasado que por pasado queremos creer mejor, porque la memoria nos habrá tal vez escondido lo que fue trágico o desagradable, y nuestra emoción se negara a reconocer el dolor insondable que produce la imagen de los ausentes o de los que dejaron de ser lo que eran, como los niños, los traidores, los prófugos, los muertos, que aparecen ahora como un hecho fundamental y gozoso.

La memoria atesora, qué duda cabe, pero el orden con que lo hace poco tiene que ver con el que nosotros utilizamos en una biblioteca, o en un fichero. Ni tiene en cuenta la importancia, ni guarda con mayor fijeza los sucesos más recientes. A veces no somos capaces de recordar el apellido de un amigo y recordamos en cambio con precisión la lista de los reyes godos que aprendimos en la infancia. O se nos ha olvidado la emoción del día que nos tocó la lotería, pero podemos recordar el traje que llevábamos puesto.

La memoria desvela lo que estaba oculto. Al evocar un hecho que vivimos en la confusión y la extrañeza, la memoria si así lo desea lo sirve de nuevo con clarividencia. Y nos decimos entonces ¿cómo es posible que no lo viera, cómo es posible que todos estos años no haya comprendido lo que estaba tan claro, lo que de verdad ocurrió?

La memoria transforma los espacios y rectifica el tiempo. Los alarga o encoge a voluntad, de tal modo que ciertos períodos de nuestra vida se nos presentan con unas magnitudes que de hecho no tuvieron. Las tardes de verano de nuestra infancia, por ejemplo, son mucho más largas que las tardes de tiempo real, y es difícil no sorprenderse al comprobar que de ese cuarto, o de esa cómoda, o de esa plaza que hoy volvemos a ver se han distorsionado las dimensiones y apenas las reconocemos.

La memoria tiñe de dolor o de benevolencia o de amarga soledad, la imagen de una persona, o un mero hecho que se vivió de forma distante. Como si añadiera a la manipulación de aquella percepción la historia que vivimos tras esa misma percepción. Recordamos al hombre o a la mujer que amamos y que ya murió, desnudos de la mayoría de sus atributos y nos es imposible recordar sus engaños, sus irritaciones, sus frases extemporáneas que hemos convertido en meras peculiaridades en absoluto ofensivas, de su forma de ser. O por el contrario hombres y mujeres recuerdan como verdaderos monstruos que imposibilitan la normal convivencia a los cónyuges que los abandonaron por otro o por otra, de los que durante años no recibieron sino ternura, diversión y fantasía.

Otras veces la memoria aviva el odio y el resquemor y nos hace insoportable el recuerdo, otras lo atenúa, lo contrarresta, lo hace más liviano. A veces cuanto más dulce es la evocación de momentos felices ya pasados y suplantados por otros, como el recuerdo de los hijos pequeños transformados en los de los hombres y mujeres que los sustituyeron, tanto más amargo se nos presenta, como si nos llegara con todo el peso de la única verdad inexorable, el paso del tiempo, el deterioro, el ineluctable final de todos nosotros, y no vemos en ese recuerdo más que unos niños muertos que ya se fueron para siempre.

La memoria selecciona y nos ofrece sólo lo que en su incomprensible criterio le parece bien o mal. De ella sólo depende. Oculta y borra ciertos hechos que el sujeto vivió y tal vez tampoco quisiera recordar.

La memoria desconcierta porque de pronto una mera evocación que nos llega por un aroma, o un sabor, o una palabra, o un rayo de luz en la ventana adquieren dimensiones extraordinarias y una importancia que no tuvieron en su momento. Nos llegan cargados de nostalgia, o de curiosidad, o de un vago sentimiento de premonición. Porque la memoria anticipa también. A veces en el recuerdo, nos parece que algo vago aún está por aparecer, algo que no podemos definir, tal vez la explicación de un hecho que quedó confuso en la experiencia y que en ese momento lucha por aparecer, tal vez otra evocación que nos ha sido negada a lo largo de toda la vida, ¿quién puede saberlo? Y nos debatimos en esa sensación parecida a la vaguedad con que al despertar sentimos aún lo que soñamos, aunque se hayan desvanecido las imágenes, los colores, el argumento que nos han taladrado la conciencia con una impresión imborrable.

La memoria además cambia el contenido, lo transmuta, y muchas veces lo que recordamos apenas tiene que ver con lo que sucedió. No es así, nos dice un amigo que fue testigo de lo que contamos, se produjo exactamente de modo contrario. Yo lo vi, dice tan seguro de su recuerdo como nosotros estamos del nuestro. Así que la memoria a uno de los dos, sino a los dos, le ha jugado una mala pasada, ¿cómo saber quién?

Y a veces también la memoria oculta y se guarda para sí detalles reales, vividos e incluso recordados en ocasiones anteriores, indispensables para reconstruir el hecho o la historia completa, y nos dejan en el alma la vaga sensación de que en nuestro pasado se ha producido una distorsión descomunal que no sabemos a qué achacar.

La memoria, en fin, hace con nosotros y con nuestro pasado lo que se le antoja porque añade a lo vivido lo que sucedió más tarde y confunde de tal forma los tiempos que a veces sólo nos sentimos seguros en el porvenir. Porque el futuro, nos decimos, es por lo menos el que nos queda por definir; el pasado, en cambio, comprendemos un día, es el incierto, el tornadizo, el indescifrable, el que está irremisiblemente abocado a imprevisibles interpretaciones y cambios.

Y sin embargo, es esta memoria, arbitraria y cruel, la memoria de nuestra experiencia, la que necesitamos para mirar ese ALBUM que sin ser nuestro, puede gracias a ella provocarnos un sinnfín de

emociones, al establecer una complicidad profunda con el protagonista del álbum, con su entorno y sus amigos o las personas y los paisajes que amó.

Pero además esta exposición reúne otra forma de investigación que esta vez ni procede del objetivo ni de la máquina, ni siquiera de la mirada del fotógrafo, ni del recuerdo personal o la extraña conexión de la memoria que nos une a cada fotografía, pero que define en sí misma y hace brotar también de las imágenes esa otra realidad, que encontrará el público que acuda a verla. Una realidad que reside precisamente en la intención de haber reunido las fotografías que pertenecen a los álbumes de la serie de fotógrafos que nos tienen habituados a su especial mirada, u otras que han buscado ese mismo fin. La intención no es otra que la de saber encontrar esta vez en el transfondo de las viejas fotografías un elemento emocional que llamamos ternura. Una nueva ternura con la que no contábamos.